

NAVARRO VILLOSLADA, FRANCISCO (1818-1895)

EL ARPA DEL CREYENTE

ÍNDICE:

Influencia del Cristianismo en la civilización

El día de difuntos

A Espronceda

Ruinas

Artículo primero

Artículo II

Artículo III

Influencia del Cristianismo en la civilización

Desconfiando de nuestras débiles fuerzas, aunque íntimamente convencidos de la importancia y trascendencia del pensamiento de esta publicación, vamos a emitir nuestra voz, tosca y sencilla, pero firme como el acento de la verdad, a riesgo de ser confundida entre los destemplados clamores de alguna parte de la prensa, que amengua el crédito de la más grande invención del hombre. Porque nuestra misión no es atronar como el Genio de las tempestades para conmover el mundo con religioso estremecimiento; es más bien la de procurar insinuarnos en el fondo de los corazones con la dulzura y suavidad de las primeras palabras del Ángel Custodio.

La Religión cristiana no se extendió con la fuerza de las armas, con violencias y amenazas: la sangre del Crucificado, como una gota de purísimo bálsamo fue insensible y blandamente ensanchando sus límites desde el Gólgota hasta cubrir el ámbito del mundo.

Desde entonces quedó éste dividido en dos secciones: una obcecada en sostener el absoluto y omnímodo influjo que los sentidos ejercen en el hombre; y otra que cree en la existencia de una cosa superior, ante la cual son esclavos los sentidos. De aquel lado está la duda, el materialismo y la incredulidad, y de éste las creencias, la Religión verdadera; del uno el egoísmo, la esterilidad, el embrutecimiento, y del otro la abnegación, la poesía, la felicidad, y el germen de los grandes hechos y de las heroicas virtudes. [400] Nosotros tenemos fe en el entendimiento, y esperanza, entusiasmo y amor en el corazón; y allá nos hemos acogido donde la sombra de la Cruz esparce la ventura, el sosiego y libertad a los pueblos. No es el temor, no es la debilidad de la decrepitud, próxima a descender al sepulcro, la que así nos hace hablar; aún arde en nuestro pecho el fuego de la juventud, y sólo el dedo de la Divina Providencia, sólo el instinto de felicidad, sólo el

convencimiento, nos han marcado el rumbo por donde siempre que la humanidad se encamina, va derecha a la civilización.

Jesucristo encontró el mundo huérfano de virtudes y creencias, y revolcado en el torpe regazo de la sensualidad. Las musas paganas enmudecieron con el último sonido de la lira de Horacio y de Virgilio: las virtudes republicanas se habían suicidado con Catón de Utica, y la severidad de costumbres, el acendrado amor a la patria se extinguieron con el aliento de los Horacios, Scévolas y Cincinnatos; el oráculo de Apolo Delfico, que diera sus respuestas primero en malos versos, y luego en prosa, cerró para siempre sus labios: a la varonil elocuencia de Cicerón sucedieron las huecas y pomposas sentencias de los Sénecas declamadores, que en los libros blasonaban de una moral extremadamente rígida, mientras nadaban en la opulencia y los deleites. La literatura era una Mesalina, que no se hartaba de impurezas y de prostitución. Torpe a la vez y aduladora, y sacrílega y atea. Octaviano Augusto en sus últimos días tuvo que imponer pena capital a los autores de libelos, sin que una ley tan rigurosa pudiese cegar el manantial pestilente que luego brotó de las plumas de Apuleyo y de Petronio. La tiranía caprichosa, el bárbaro lujo, y la extravagante corrupción de los Tiberios, Calígulas y Nerones, eran la afrenta del mundo envilecido. Roma entera se arrastraba en un inmundo lodozal, y el carro de su triunfo, que cruzó pomposo todo el orbe, llevó en sus ruedas el cieno de las costumbres estragadas, que salpicó en la frente a las naciones. En torno de los ídolos se exhalaban oscuras nieblas; el humo de los cruentos sacrificios tenía ennegrecido el rostro de la humanidad. Entonces un rayo luminoso aparece en el Oriente: a su divina luz se miran los hombres, se sonrojan de su degradación, [401] como Adán y Eva se sonrojaron por vez primera al reparar su desnudez; alzan los ojos a sus altares, y ven en ellos unos dioses, obra de sus manos, y mil veces más torpes aun que sus mismos hacedores: éste fue el primer triunfo del Cristianismo.

Como un viento apacible sonó el eco del sermón de Jesús en la montaña, y aquella doctrina tan sublime, tan desconocida, tan sencilla y tan pura, trastornó la faz del universo. Los ídolos cayeron derribados; y el que permaneció en pie, mantenido con desesperado empeño por las férreas manos de los Sacerdotes, fue inundado a la vez con sus fanáticos sostenedores en el mar de sangre que derramaron los mártires del Cristianismo.

La literatura alza del polvo su moribunda frente, y se arroja en brazos de aquéllos que miraban la ilustración y el saber como dogmas, y las ciencias huyen del templo de Minerva, del Pórtico y de la Academia para refugiarse bajo las catacumbas de los fieles.

Los emperadores romanos hubieran querido en el frenesí de su dominación extinguir otro eco que no fuese el de la lisonja. Cremucio Cordo, por haber hecho un elogio de la libertad, se deja morir espontáneamente de hambre, para sustraerse a la venganza de Tiberio; pero sus preciosos libros son públicamente quemados: más tarde el emperador Juliano prohíbe a los cristianos enseñar y estudiar las letras; empero ni las persecuciones, ni las calumnias e imposturas de los Cerintos, Ebiones, Marciones, Valentines y de otros mil impugnadores de la nueva Religión, pudieron acallar la elocuencia de Justino, Tertuliano, Atanágoras, de Clemente Alejandrino, de San Gerónimo y de San Agustín.

Cada obispo era un filósofo: cada sacerdote un sabio. El linaje de Dios se multiplicaba como las estrellas del cielo y las arenas del mar; y regada la tierra con la sangre de los cristianos, cristianos tan sólo producía. Siéntase por fin la Religión del Crucificado en el trono de los señores del mundo. Constantino la acoge bajo su manto de púrpura; y cuando iban los pueblos a recoger el fruto de tantos padecimientos; cuando los concilios echaban las raíces de la nueva civilización, y daban a hombres igualdad y libertad en Jesucristo, cien torrentes [402] se desprenden de las nevadas montañas del norte: un siglo hacía que sus olas estaban minando los cimientos del coloso del imperio romano; y cuando ya los tenían carcomidos, se precipita con ímpetu de repente, y logran por fin derribarlo al primer embate.

Un solo momento bastó para destruir lo que tantos siglos de conquistas había costado. Los caballos de los vándalos y godos, sin jaeces y sin arreos, hollaron la pompa y majestad de los Césares: templos y palacios, termas y anfiteatros, todo cayó desmoronado: ruinas sólo atestiguaban la existencia de los antiguos dominadores... hasta su lengua, sus leyes y costumbres, todo pereció: los godos se hicieron señores de casi todo el mundo, y la religión cristiana se hizo señora de los godos.

Los iconoclastas habían dado un golpe mortal a la pintura y estatuaria; los vándalos a la arquitectura; los sectarios de Mahoma, que proscibía toda ciencia, como no fuese la del exterminio, calentaban los baños con las bibliotecas de la Grecia: a consecuencia de tantas devastaciones, de las interminables disputas religiosas que suscitaron los enemigos de Jesucristo, y mucho más de la degradación a que habían llegado los hombres en medio de tantos horrores y de tan espantosos acontecimientos, vino una época en que se creyó del todo extinguida la lumbre de la inspiración, y apagada para siempre la antorcha de la sabiduría. El mundo quedó en tinieblas, y sólo en medio de la oscuridad se divisaban las chispas que despedían los alfanjes y cimitarras al chocar con las espadas de Europa. Pero aquella lumbre y aquella antorcha se guardaban ocultas detrás de las paredes de los monasterios y de los templos cristianos, y como el fuego de Sión, escondido por Jeremías, debían aparecer después de la cautividad de Babilonia. Filósofos de la antigüedad, poetas, historiadores, martirologicos, libros de los Santos Padres, todo iba a perecer, hasta el alfabeto griego y latino, si los obispos y monjes cristianos no lo hubieran conservado.

Eran poetas, químicos, naturalistas e historiadores como Isidoro, arzobispo de Sevilla, al mismo tiempo que misioneros y pastores de la Iglesia, siguiendo el espíritu del evangelio que es de caridad y de ilustración. Si entonces [403] se les dio parte en los negocios públicos, efecto fue de la necesidad. ¿Qué mejores consejeros podían buscar los Reyes que los únicos poseedores del tesoro de la sabiduría? Si abusaron o no de su influjo, lo dicen los concilios y códigos de aquellos tiempos. Véase si todos los Licurgos y Solones dieron jamás tanta dignidad al hombre, tanto decoro a la mujer, y tanta protección a los desvalidos.

En esta laguna de la civilización, en esta sombra de la historia, la semilla de las ciencias y de las artes estaba oculta en las entrañas de la Iglesia: en el artículo inmediato la veremos

germinar y nacer, y formarse un árbol como el cedro del Líbano, cuya gallarda y gigantesca copa sirve de abrigo y sombra a innumerable gente.

Dejamos al mundo en nuestro artículo anterior, sufriendo uno de aquellos prolongados parasismos que suceden generalmente en el cuerpo humano por exceso de vitalidad e irritación nerviosa. Apenas alcanza a comprender nuestro pobre entendimiento cómo, después que el hombre llega casi al dintel de la perfección en el alcázar de las letras y las bellas artes, puede hundirse en el abismo de la ignorancia, perdiendo hasta la memoria de lo pasado, hasta el estímulo del porvenir. Con todo no deja de tener explicación esta maravillosa decadencia. La civilización pagana llevaba en su mismo seno un veneno, que desarrollando súbitamente su maligna actividad, podía hacer que la muerte la sorprendiese en medio de la embriaguez de su gloria, en la cumbre de su poderío.

El politeísmo debía desvanecerse al primer rayo de luz emanado de la razón, y en tanto que los hombres encontrasen el verdadero Dios, debían estar vagando más o menos tiempo por el sombrío campo de la duda y de la incredulidad. Las leyes humanas son impotentes por sí solas para conservar la pureza de costumbres, y una vez corrompidas éstas, las leyes son libros escritos en la frente de los pueblos, cuyos ojos no pueden verlas, y que están allí grabadas para padrón de su ignominia. La esclavitud era también otro de los agentes mortíferos que minaban la existencia de aquella sociedad dividida en siervos y señores. Ambos eran recíprocamente enemigos irreconciliables, y ambos debían perecer. Los unos tenían en su mano [404] el azote y las riquezas, y los otros el encono siempre vigilante y el ejercicio de las artes: la corrupción de aquéllos era una consecuencia inevitable de su opulencia, y el odio y deseo de venganza de estotros son tan inherentes a su espíritu, como las cadenas a sus pies.

Jesucristo derrocó la idolatría, y abolió la esclavitud: es decir, destruyó los dos principales elementos que hubieran despoblado el mundo antes, si es lícito decirlo así, antes de los decretos de la Providencia.

En la edad media los vasallos y pecheros sucedieron a los esclavos; la ignorancia hizo olvidar al hombre su propia dignidad, y la fuerza supo aprovecharse de la inercia y ceguedad de la ignorancia. De las ruinas de los antiguos imperios, que no estaban tranquilos mientras conocían límites, salieron otra infinitud de señoríos pigmeos como fragmentos de una losa de mármol que se quiebra en mil pedazos. Tantas ciudades, tantos señores había, que paseándose por las almenas de su castillo abarcaban de una mirada la extensión de su dominio. Los hombres nacían entonces como los guerreros armados de Cadmo para devorarse unos a otros: los que perdonaba la espada no se libraban del veneno: los odios se heredaban, no se extinguían con la muerte, y los soberbios tiranuelos hasta quisieron poner la punta de su puñal en los labios de la Religión, que les echaba en cara sus vicios. ¿Qué más? Ni los muros de los templos sirvieron de dique a las negras olas de este mar cenagoso, y muchos de los ministros sagrados creyeron que Jesucristo aborrecía menos la efusión de sangre humana, que el Dios terrible de Israel que eliminó de los combates a la tribu de Leví. Tal vez se figuraron que el acero y las llamas eran más eficaces que la persuasión para extender la doctrina de paz y caridad, haciendo tamaña ofensa al Dios de mansedumbre, y olvidando sus palabras, *dimite gladium*.

En este caos de horror y de ignorancia, de odios y guerras parciales en que la administración de justicia por la *interdicción de fuego y agua* era un atentado contra la Providencia divina, ¿qué hombre era bastante poderoso a reunir contra un enemigo común tanto esfuerzo malgastado sacrílegamente? ¿Quién podía apaciguar los odios, y [405] hacerse respetar como caudillo, donde todos lo eran, derrocar el feudalismo, y echar los cimientos de la monarquía? De nada servía el valor personal: bajo este aspecto todos eran unos Aquiles con su misma impetuosidad indómita, con sus mismas brutales pasiones. Por otra parte las tinieblas eran ya tan densas, que no bastó a disiparlas un brillante meteoro como Carlo-Magno; era preciso un astro de inmensa lumbre. Un simple ermitaño, sin más armas que un crucifijo, sin más elocuencia que su entusiasmo, sin más aparato que su tosco sayal, cruza entonces la Europa, y con los ojos clavados en la muchedumbre, y con su mano señalando a Jerusalén, suscita en el corazón de los pueblos el adormido sentimiento religioso, y todos se apresuran, se agolpan, se atropellan a rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles. A su voz cesan los combates fratricidas, obedecen por vez primera los monarcas y señores feudales; y si hay obstáculos que vencer, reveses que sufrir, plagas y miserias que sobrellevar, allí resuena la voz de Pedro que los alienta, diciendo: ¡*Marchemos! ¡Dios lo quiere!*

Este fue el primero y más terrible golpe que recibió la cerviz del feudalismo: este paso abrió las puertas a la civilización: a la voz de aquel Apóstol apareció en el mundo otra nueva sociedad. Sociedad fantástica a los áridos ojos de este siglo; sociedad que a todo el valor de los antiguos, semi-dioses griegos y héroes romanos, reunió todas las virtudes del cristianismo. Desde entonces puede decirse que el amor a la patria cedió el campo al amor de la humanidad, el rencor a la nobleza, el soldado al caballero.

Parece imposible concebir cómo tan pronto sucedieron a las Cruzadas tantas instituciones que marcan unas tendencias sociales de la mayor importancia. Al punto se congrega el primer concilio general que había tenido la Iglesia; se erigen célebres universidades; se fundan las órdenes militares; aparecen los trovadores en el mediodía de Francia, y los célebres Pedro Lombardo, Tomás de Aquino, Alberto Magno y Raimundo Lulio. Desde ese tiempo la civilización marchaba a pasos de gigante, y a manera que en el diluvio universal se rompieron las entrañas [406] de las rocas y las cataratas del Cielo para inundar el orbe, brotaban ahora espontáneamente manantiales de ilustración. Pero nótese que todo genio que aparecía llevaba en su esencia el sello de la Religión, de la mano que lo impulsaba. El primero que brilla es el Dante, que en su *Divina Comedia* lanzó tonos de su rígida lira, que jamás pudo aprenderlos en las de Homero y Horacio. El Petrarca en sus odas y sonetos amatorios marcó todavía más el carácter de la nueva poesía. Antiguamente el amor, por más que tuviese los atributos de un Dios, era un instinto brutal, una pasión bastarda, que en boca de Anacreonte, Ovidio y Horacio llenaba de rubor la frente menos púdica: Petrarca había bebido otros sentimientos en la fuente de la caballería andante, y purificó esta pasión de toda mezcla terrena, dándole formas angelicales, haciendo de ella un culto, descubriendo misterios desconocidos, y goces purísimos y supremos en el temor y la esperanza, que deben ser destellos del goce de los bienaventurados.

En el siglo de León X ya desplegó sus alas la civilización, y bajo de ella se cobijaba el occidente. Por demás fuera nombrar los grandes hombres que crecieron a su sombra:

arquitectos eminentes; pintores que oscurecieron la fama tradicional de Apeles; escultores que rivalizaron con el autor del grupo de Laoconte; poetas que se igualaron a Homero; filósofos; políticos eminentes; todo esto bullía en torno de la silla pontifica. El siglo de León X engendró el de Felipe II en España, éste el de Luis XIV, y ya desde aquel tiempo si la civilización hundía la frente en esta zona era para erguirla más brillante en la otra.

Las carabelas de Colón, que fueron a llevar tantos beneficios a un nuevo mundo, también volaron al soplo del pensamiento religioso que henchía sus velas, y el primer uso que se hace de la grande invención de la imprenta es para una Biblia y un libro de un Santo Padre.

En vano a fines del siglo XVIII se quiere escarnecer este pensamiento fecundo; en vano se intenta menoscabar la gloria de los poetas que saciaron sus sedientos labios en raudales más puros que en los de Helicón; los mismos propagadores de esta doctrina deben a su despecho las más sublimes inspiraciones al arpa santa de la Religión. [407] Chateaubriand les contesta con ejemplos más que con razones; y la multitud que arrebató a la *Atala*, y luego el resto del *Genio del Cristianismo*, contesta victoriosamente a los que sólo en las fábulas mitológicas hallaban la inspiración y el buen gusto.

Hemos corrido el espacio de dieciocho siglos a la manera que el ave de paso la multitud de los campos de su transmigración: que si se para un instante en la rama de un árbol a tomar aliento, tiene luego que apresurar su vuelo para llegar al punto deseado. No hemos hecho más que indicar ideas y señalar hechos, base del pensamiento, que en las columnas de este periódico nos proponemos desenvolver más detenidamente. Sin este propósito no hubiéramos aventurado estos dos artículos, que no son mas que un tosco y desaliñado bosquejo del cuadro que tenemos concebido. [409]

El día de difuntos

¿Oís, hermanas mías? La lengua de la sonora campana ha dado su postrero y dolorido acento, que llega a nuestros oídos rompiendo las nieblas de noviembre. Levantaos, vestíos de luto, venid al bosque que el inclemente otoño ha despojado de verdura; venid a coronaros con la fúnebre diadema, con la palma de la muerte, con el ramo de ciprés. ¡Qué de lejos se divisan los cipreses! ¡Cuál se esconden entre zarzas las flores y las rosas, símbolo de los placeres!

Las flores y las rosas se marchitan, caen y se convierten en polvo; el ciprés nunca pierde su verdor: élévase sobre ellas ufano con su eternal frescura, y aparece sobre sus despojos como la muerte sentada sobre sus víctimas; ninguno de los dos envejece, y ambos permanecen inmóviles sobre la destrucción.

Por eso el ciprés ha sido siempre la diadema, la palma, la guirnalda de la muerte.

Hermanas mías, adornémonos con el ramo fúnebre de sombríos recuerdos; porque hoy es el día del ciprés, la festividad de los difuntos.

Marchemos en silencio guiadas por el eco de las campanas. La antigua iglesia veló su frente de lúgubre crespón: centellean los amarillentos cirios en el fondo sembrados en la negra colgadura de los túmulos; sobre el marmóreo pavimento reposa el gigantesco catafalco. Catafalco vacío de cadáveres, pero lleno de misterios; lúgubre imagen [410] de todas las muertes unidas en una sola muerte; pirámide donde todos vamos poniendo una piedra; urna cineraria donde depositamos hoy nuestras lágrimas y nuestras oraciones; y más tarde, presto, mañana... ¡tal vez en este mismo instante depositaremos nuestra vida!

Ayer todos Santos, la festividad esplendente que une el cielo con la tierra; y hoy la fiesta oscura y silenciosa que une a la vida con la muerte. Ayer flores, incienso, regocijos y blancos paramentos, y hoy do quiera duelo, luto, gemidos y cánticos plañideros. Ayer el cielo conmovido nos enviaba sus ángeles y sus cohortes de bienaventurados; hoy retiemblan las tumbas, se hacen pedazos los ataúdes, se rasgan las mortajas para dar salida a los difuntos... y los vivientes se estremecen.

¡Silencio!... ¿Qué roce es el que se siente en la atmósfera, qué gemido vibrador sale de lo alto de la bóveda sombría?

¡Ah!, no temáis. ¡Orad, hermanas mías, orad y no temáis!

¿Habéis presentido ya esa nube invisible, que acercándose viene lentamente a las torres de la catedral? ¿Seguisteis con el pensamiento el impetuoso arranque, el vuelo de la campana que os llamaba hace un momento? ¿No la sentisteis penetrar en esa morada en que los delitos se expían, en ese calabozo de horror, de tinieblas y de arrepentimiento, y vibrar allí como señal de salvación, como la trompeta del juicio universal?

Y al resonar esa divina melodía, ¿no veis caer hechas pedazos las cadenas, y abrirse rechinando las puertas de bronce de purgatorio? ¿Veis ese blandón apagado, esa estrella caída, veis a la esperanza del perdón que sube a la negra bóveda y rompe las tinieblas con un luminoso rayo, y muestra al ánima cautiva este mundo en que vosotros oráis por ella?

La campana sonora exhala su último suspiro... Vedlas allí cubiertas con su velo, orando en silencio; ved esas pobres cautivas condenadas por algún tiempo en el infierno expiatorio. Ya vienen al oír la señal, corren llenas de dolor estas vírgenes fatuas, que al llegar al alcázar del [411] esposo sin óleo en la lámpara, le vieron cerrar ante sus mismos ojos las puertas del convite. ¡Ya vienen: vedlas allí...!

Arrodillaos, y orad, hermanas mías, orad con más fervor que nunca. Ya llegan con el rostro inclinado, siguiendo los pasos de su maestro: así como la espigadera va buscando los granos olvidados en el surco, ellas también van a recoger de aquí y de allí, en las almas pías de la tierra, una lágrima, un recuerdo y una plegaria.

Acordaos de ellas, llorad y orad, hermanas mías; porque el recuerdo atrae al ángel de las misericordias al lado de las infelices; porque una lágrima lava su cándida vestidura, tan sólo manchada de faltas leves, y derrama una gota de óleo en sus lámparas apagadas; porque la oración llama por ellas a la puerta del alcázar, y les hace tomar asiento en el festín del cordero...

¡Oh!, démonos prisa todos a llorar, a recordarnos de ellas, y a ponernos en oración. Vosotros, justos y blandos de corazón, ¡orad! Vosotros, flacos y pecadores; vosotros que tenéis el alma tibia y distraída, y llena de mundanales delirios, ¡orad también, orad!

Porque el dinerillo de la viuda vale tanto como el oro del publicano en la urna de las limosnas, y el suspiro del pecador tanto como los éxtasis del justo en la urna de las plegarias: todos echamos en ella nuestra ofrenda; la del rico excederá en mucho a la de los pobres, de los pecadores de aquí abajo; pero el que dio poco tal vez reciba mucho en el día de la cuenta.

¡Oh!, no; el *día de difuntos* no es día de sentimiento, de tristeza y desolación. Es el día de la reconciliación, de los abrazos, es el banquete de familia, aderezado para toda ella; pero para el hijo pródigo principalmente. Es la encrucijada de dos caminos, el ángulo del muro de separación: la vida y la muerte se llegan a tocar en este día, y se unen cobijándose por la oración al abrigo poderoso de la mano de Dios.

¡Ocultad vuestro dolor, no lloréis por la muerte ni por vosotras, hermanas mías! ¿Llora la madre cuando el hijo ausente torna a su regazo? ¿Llora el hermano si vuelve a [412] encontrar a su perdida hermana, el amigo a su amigo, y el esposo a su mujer? ¡Pues bien: no lloremos! Regocijaos, madre, amigo, hermano y esposo; vosotros que habíais quedado aislados por la muerte; vuestro hijo, vuestra hermana, vuestro amigo y vuestra esposa tornan a vuestro lado por un día; vienen a deciros, *¡a Dios!* A deciros que os esperan...

¡Esperanza y unión, esperanza!

La brisa pasajera, la campana que no resuena, los blandones que se apagan, el canto del sacerdote, todo en este día nos clama: ¡esperanza! Pero es necesario orar, es menester que al ponerse el sol la pobre espigadera tenga su canastillo lleno de oraciones para presentárselo al Señor: ese canastillo por el cual se pida alguna recompensa, un asiento en la casa de Dios; canastillo que se trueque por una corona.

Este día será el día de la unión y de la esperanza; día en que el fuerte preste al débil, y el débil pida para el fuerte; día lanzado entre la vida y la muerte como un puente sobre un río.

La iglesia que sufre, la que milita y la que triunfa, en este día se reúnen en el mundo, y amparándose mutuamente, llevando entre todas la cruz, caminan abrazadas, y se dirigen al Cielo... [413]

A Espronceda

Lauda post mortem.

–Salomón

¿En dónde, en dónde estás? ¿Por qué tu acento
en las sublimes bóvedas no zumba,
de pompa y majestad poblando el viento?
¿En dónde estás? El eco de una tumba
responde sólo a mi clamor inquieta;
el alma busca al inmortal poeta,
por él demanda al mundo, en torno mira,
y el mundo calla y con dolor suspira.

¡Oh, vive aún! La multitud ansiosa
al dulce imán de sus acentos viene,
y espera que su lira portentosa,
estremeciendo de placer resuene.
¡Ven, Espronceda, ven!.....
.....¡Partid, amigos,
Espronceda murió! ¿Quién me dijera
que do su canto retumbar debía,
mi acongojado pecho,
en lágrimas deshecho,
su arrebatado fin anunciaría?

Yo vi, muerte cruel, con turbios ojos
cercado el corazón de horror y espanto,
en lúgubre silencio sacrosanto,
tus ínclitos trofeos y despojos.
Yo vi su frente hollada
por tu arrogante planta descarnada. [414]
Vi su labio marchito y sin murmullo,
como desierto cauce de un torrente,
que a los páramos dio frescor y arrullo.
El labio que riente
dulcísimos amores derramaba,
y lágrimas tan dulces arrancaba,
y al sol dijo potente:
yo quiero hablarte, sol, oye, detente.

¿Por qué con fauces hórridas y hambrientas
vas, oh muerte, a los genios acechando,
y al necio y al malvado desdeñando,
de víctimas ilustres te alimentas?

¿Por qué si ves sobre el error inmundo
descollar una frente, donde el horno
de eterna inspiración arde fecundo,
vas revolando en torno,
y sobre ella te ciernes con graznido,
y la contemplas leda,
y descendes cual rayo desprendido,
clavas allí tu garra,
y ayer nos robas al profundo LARRA,
y hoy al noble y magnífico ESPRONCEDA?

¿Por qué?... ¿No lo sabéis? Cuánta amargura
al recordarlo siento! ¿Acaso visteis
a la fragante rosa
descoger de carmín templado en nieve
el tímido botón al alba hermosa?
¿No visteis cómo el céfiro se embebe
en sus blandos olores, sin hartura?
Y que la flor amiga
tanto y tanto perfume le prodiga,
que agota el cáliz de su esencia pura,
y lánguida fallece y sin aroma,
cuando la noche en el cenit asoma?

Flores los genios son, flores del cielo:
su ardiente inspiración es el perfume;
cuanto más lo esparcen por el suelo
más presto su existencia se consume. [415]
Así Byron pasó; Gomis, el Tasso,
la Malibran de voz encantadora,
y Fígaro, Bellini y Garcilaso:
así la flor de tu fecunda vida,
doliente trovador, mustia, inodora
vino volando al suelo desprendida.

¡Murió, murió! Veréis cómo crueles
en su tumba los hombres amontonan
palmas tardías, flores y laureles,
y al que daban ayer ingratas hieles,
hoy cadáver sombrío le coronan.
¡Corona maldecida,
si por ella los genios dan la vida!

«Este laurel y efímeros inciensos
mezquinos son. Mortales, Dios es justo,
la aureola de númenes inmensos

ciñe al cantor de la virtud robusto.
Tras ella voy. A Dios.» -Dijo Espronceda,
y elevóse magnífico al Olimpo,
y aquí dejó sobre la yerta losa
su abandonada lira silenciosa.
¡Venid, mirad! Los vientos doloridos
con sus lánguidas alas la tocaron,
y ni aún siquiera débiles gemidos
de sus sensibles cuerdas arrancaron.

¿Quién osa levantarla? ¿Quién del suelo
osa encumbrarse al vuelo
del águila candal? Seguir sus giros,
perderse entre cien orbes, sin más guía
que su audaz fantasía,
y al mundo tornar luego con suspiros?
¿Quién la tronante y férvida armonía,
la desmayada languidez remeda
del undívago canto de Espronceda?
¿Quién a la triste España
consolará de pérdida tamaña? [416]

Nosotros no: los que tu voz oímos,
Bardo del Occidente,
de admiración y miedo enmudecimos,
y al ensayar el cántico doliente,
rotas las venas del amargo llanto,
en manos del dolor se ahoga el canto.

Lamenta, España, tu orfandad: no queda
remedio a tu aflicción. Pero si un día
tu almo seno fecundo brotase un Espronceda,
calma el dolor profundo,
que basta un genio a engrandecer un siglo,
cual basta un sol a iluminar un mundo. [417]

RUINAS

Artículo primero

*«Caelum, et terra transibunt,
verba autem mea non proeteribunt.»*
-S. Mateo, c. 24, v. 35

¡Oh fragilidad de las cosas humanas! ¡Terrible sentencia de muerte que no deja de cumplirse nunca! Tiende el tiempo cien y cien velos impenetrables, y reyes y mendigos, imperios y lugares, y chozas y monumentos quedan igualmente sepultados en el olvido. El inflexible Genio de la destrucción se está cerniendo desde el principio del mundo sobre los siglos, se burla de los humanos esfuerzos, devora sus obras, y de esta presa que arrebatada en su rápido vuelo, y lleva al seno de la eternidad, nos deja tan solamente funestos despojos, restos desparramados, piedras carcomidas, tumbas sin nombre...
¡Ruinas!

¡Ruinas! Huellas medio borradas que los siglos dejan a su espalda, y que señalan el tránsito de las generaciones pasadas, como un nido solitario nos indica la muerte de un pajarillo, y un colmenar sin abejas la destrucción de un enjambre entero. ¡Ruinas! ¡Desengaño espantoso para el insensato que ambiciona grandeza; y dulce presentimiento de una vida inmortal para el hombre meditabundo y religioso! [418]

Venid, venid a contemplar las ruinas los que sufrís y lloráis, y ellas levantarán su voz para deciros que los males de la vida pasan como un enojoso ensueño al despertar. Ven a contemplar sobre ellas; ven, inspirado poeta; tú que te arrastras por la tierra, teniendo alas para volar en el espacio; ven, y tu mirada no podrá vagar por entre vacilantes columnas y estatuas derribadas; tu pensamiento no podrá descarriarse por entre confusos recuerdos y tradiciones oscuras, sin que estos mudos testigos, esa voz misteriosa del ángel de las ruinas eleve tu alma con estas palabras: «Los hombres y sus obras son perecederas; Dios y su palabra permanecen por toda la eternidad».

Venid vosotros, hombres mundanales, embriagados con los efímeros perfumes de esta vida; venid vosotros, que encantados con el atractivo de los deleites, aún no habéis dirigido al Señor un solo pensamiento; venid a presencia de las ruinas, y aquí aprenderéis que todo se desvanece, se borra y se trastorna, menos Dios. Bien como cuando en los desiertos de la Libia lanza el huracán los remolinos de arena muy más arriba de la palmera; pero sucede la calma, la arena torna a su lugar, el polvo cae al suelo, y el árbol inmutable mece en el viento su altanera copa.

¡Este es el lenguaje de las ruinas! Y ora consolador, ora severo, parece que es inherente e indispensable al hombre. Este las remeda en sus jardines; surca tormentosos mares sin más objeto que admirarlas, y abandona su hogar, su patria y su familia; el pintor las hace revivir con su pincel, y el poeta se extasía cuando las canta al son de su laúd; porque las ruinas nos elevan más allá del inmundo lodo de este lagrimoso valle, y nuestros ojos se clavan en el Cielo.

Mas no todos llegan a comprender que las simpatías del hombre con las ruinas provienen del instinto de dolor y de melancolía que se anida en nuestras almas, y que se revela en las involuntarias lágrimas que derramamos cuantas veces recuerda el espíritu su destierro del Cielo, o en el súbito placer que sentimos interiormente, cuando la esperanza del próximo fin de esta peregrinación se fija vagamente en nuestro pensamiento. [419]

Por eso nos embelesamos tanto en su contemplación.

Bellas son en verdad esas pardas mutilaciones de mármol y granito, coronadas de triste jaramago y de frondosa yerba, olvidadas del tiempo en los escondidos bosques, en los desiertos campos, y surcadas por arroyuelos espumosos; pero más bellas son las lecciones de historia y los desengaños que nos proporcionan. Lecciones de historia, porque son como una página medio rasgada que dice algo y deja mucho que adivinar; y desengaños, porque el abandono que las rodea, y la helada indiferencia con que las miran los hijos del suelo en que están esparcidas, son muy tristes, muy penosos, y deben abatir la insensatez del hombre orgulloso.

Fijemos por un momento nuestra imaginación en el mundo antiguo, descendamos paso a paso a los sitios en que los pasados tiempos dejaron estampadas sus huellas, y veremos el desdén, el olvido y la ignorancia con que las cubren los vecinos moradores; veremos envueltas las ruinas en tupidos velos, que sólo es dado levantar a veces a la encantadora poesía. Recorramos la Europa comenzando por nuestra España en el artículo siguiente.

Artículo II

«En torno gira indiferente el mundo.»
—Espronceda

*«Solo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fue plaza, allí fue templo;
De todo apenas quedan las señales.»*
—Rioja

Las ruinas de Europa se presentan a nuestros atónitos ojos. Venid, descendamos a España, ese clima templado donde el sol brilla cien veces más hermoso que en ninguna [420] otra parte; donde la atmósfera está impregnada de suavísimos perfumes. Venid a la cumbre de Sierra-Nevada, y ved allí la bella Granada, la metrópoli de los moros, la suspirada de los árabes, el paraíso del profeta. ¿En dónde están los palacios de las hadas, la torre Bermeja, el Albaicín, la Alhambra y el Generalife? Sus aéreas cúpulas han desaparecido con el pueblo ardiente que moraba en ellas y sólo nos restan ruinas, y fragmentos de aquellos mágicos edificios, que se estremecen al leve soplo de los vientos. Mirad en aquel bosque cuánto tronco cortado por el hacha del leñador que yacen al par de ligeras columnas, de calados de piedra, de preciosos mármoles cubiertos de flores y hojarasca. Este pórtico estuvo un día en pie, solo, aislado; arco fantástico, que desespera a los severos arquitectos del gusto griego, y que hoy coronan las rosas, las lilas y doradas adormideras.

Mas allá, a la sombra de los azufafos y naranjos, retiembla el agua en un pilón de mármol, cayendo bulliciosa de una fuente, que tiene delante una arábica inscripción. ¿Quién ha grabado aquellos caracteres? ¿Con qué leyenda maravillosa tienen relación aquellos lugares? ¿Nos lo dirá el contrabandista que en la sombra de la noche abreva sus mulas en el fresco manantial, impaciente ya por llegar a la venta solitaria? ¡Ah! Él goza de las purísimas aguas, de la apacible sombra del enmarañado bosque; pero ni aun ha pensado en preguntar el nombre de los que vivieron en esta ciudad encantadora. Conserva

una confusa memoria de la tradición; pero mira con indiferencia desmoronarse insensiblemente la Alhambra, y huella de igual suerte el campo donde fue Itálica; donde yacen enterradas las termas y palacios romanos, la casa de Trajano y del gran Teodosio.

Alejémonos, pues, y volemós a Italia, a ese país de delirio y poesía, a esa tierra surcada de ruinas y de recuerdos. Aquí sin duda encontraremos más simpatías hacia esos ilustres restos de un esplendor amortiguado; el entusiasmo de los habitantes del país será igual a nuestro entusiasmo de extranjeros. ¡Ea! Abandonemos esa Roma cristiana, y con el pensamiento paseémonos por las calles de la antigua ciudad. ¡Qué soledad! ¡Qué silencio! No se [421] percibe más ruido que el aleteo del pájaro que forma su nido entre las hojas de la cornisa corintia, o el estremecimiento de la yedra movida por las brisas. El acueducto está seco, las estatuas en el polvo, las calles llenas de escombros, y de cuando en cuando encontraremos un mendigo dormido a la sombra de una bóveda, o un pastor que raspa con su navaja las figuras de un precioso relieve, mientras brinca su cabra sobre un pedestal abandonado.

Encontraremos, si, un *cicerone* que por dinero nos conducirá por las villas, repitiéndonos lo que dijo ayer, lo que dirá mañana, lo que aprendió de sus padres, lo que estará diciendo toda su vida, sin poner ni quitar una palabra.

¡Ah! ¡Qué melancolía nos ha infundido su rutinaria relación!

¡Abandonemos esa Roma venal y bastarda!

He ahí la Grecia, madre de las artes y de las ciencias, y fuente purísima de la gracia: tal vez en ella seremos afortunados. Mas, ¡ay!, aquí, como en todas partes, los hombres de hoy en día somos la ruina de los hombres de otros tiempos. Los despojos de la rapacidad europea están sepultados entre los olivares, y bajo las anchas hojas del acanto. Las mujeres griegas, los pescadores del Peloponeso nos hablarán de la suavidad de su aceite, del perfume de su miel, de la dulzura de sus racimos; pero callarán las glorias de Atenas, el esplendor de Corinto, y la independencia de Lacedemonia; porque la esclavitud ha herido las cuerdas de su alma, y ya no pueden vibrar a tan gloriosos recuerdos.

Acabemos de peregrinar por Europa: el norte se nos presenta entre vapores nebulosos. ¡Escocia!, el país ideal y fantástico, ¡inmortalizado por los ecos del arpa de Ossian! ¿Quién es ese robusto Caledonio que camina a los *Grampians* con el arco en sus espaldas? Bajemos con él a ese valle donde se extienden las azules orillas del lago cercado de brezos, de rojas flores, de abetos y fúnebres tejos: allí vemos ciertas piedras misteriosas cubiertas de musgo. ¿Qué valle es aquél? ¿Qué piedras son éstas? Ninguna conmoción percibimos en el semblante del montañés: extiende su arco, hiere al corzo que ramonea sobre aquellas [422] masas de granito; pero ni un solo recuerdo agita el alma del cazador. Y aquéllos son los brezos de Conna, esas piedras, altares donde se ofrecieron víctimas expiatorias a los manes de Fingal; y esa roca iluminada por un rayo de púrpura, es tal vez donde Malvina llevando de la mano al ciego bardo evocaba con los suspiros del arpa de Ossian el alma errante entre las nieblas.

Pasando de la Escocia a la Escandinavia veremos ruinas también e indiferencia. Preguntémosle al minero que se retira de noche mientras silban los altos pinos, ¿qué son esas piedras rúnicas, esas colinas sepulcrales, esos altares y grutas misteriosas, entapizadas de líquen parásito? Y el minero estupefacto, mirándonos con extrañeza, nos dirá: No entiendo nada de eso. ¡Y esas piedras servían en las asambleas de Thing!, ¡esos altares aún chorrean la sangre del terrible holocausto del rey de Leire, y en ese salón de piedra se celebraron los misterios de Edda; y esa colina sepulcral cubre acaso un campo de victoria! Acá Odin lanzó su clamor sangriento: allá las Valquirias guerreras llevaron en sus azules alas las almas de los héroes, y vinieron a buscar copas triunfantes para el festín de *Vlaalah*.

Ya llegamos a Francia: erramos por los inmensos y desolados páramos de la antigua Armorica, y en sus venerables bosques que la segur ha respetado. Aquí tenemos trastocados y en pie muchos despojos y piedras enormes; unas suspendidas sobre la roca que se desploma, y otros a lo largo de los arroyos que lamen su carcomida planta. Otras veces sirven de cimiento a la choza del pastor bretón; y sobre estos restos desconocidos entona su canto lastimero, enciende una hoguera para calentar sus arrecidos miembros.

En vano será preguntarle cuáles son esas piedras colosales, ni qué manos las trajeron rodando hasta aquí, pero si recogemos nuestros pensamientos, muy presto por entre la niebla se nos aparece lo pasado con toda su fantasmagoría de recuerdos. Acércanse cual sombras los antiguos gaulas con sus ritos y ceremonias: oímos la voz de la sacerdotisa coronada de verbena, entonando el himno del combate, y vaticinando la victoria. Cerca de la piedra se [423] levanta el druida con su barba blanca, segando con su hoz el muérdago del año nuevo.

Salgamos ya de Europa, que nada más puede ofrecernos.

Artículo III

*«... Can only strangers breathe
the name of him that was beneath.»*
—Byron

*«... Extranjeros solamente pronuncian
el nombre del que allí estuvo sepultado.»*

*«Todos los que pasaban por el camino,
silbaron, y menearon su cabeza sobre la hija
de Jerusalén, diciendo: ¿es ésta la ciudad de
perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?»*
—Jeremías

Reunámonos a esas devotas caravanas que la religión conduce a Palestina. ¡Deteneos! Ese es el Egipto, el antiquísimo Egipto: saludemos esas soberbias pirámides, cuya punta se esconde allá en las nubes. Cien y cien siglos han pasado delante de ellas, y todavía permanecen en pie. Allí tenéis esas masas de piedra, bajo las cuales reposan cenizas ha

tiempo olvidadas: monumentos inútiles a los cuales ni aun se toma el trabajo de mirar la caravana del desierto, ni el beduino que surca el arenoso suelo con las pisadas de su fogosa yegua. Jamás el grito de *alto* ha resonado bajo su sombra, y los árabes dicen: la palmera y el manantial que hilo a hilo brota en el desierto son muy más hermosos que todos esos montes labrados de granito. [424]

Pero el Egipto huye detrás de nosotros y aparece la Siria, cuna del mundo, y país de magníficos recuerdos. Aquí juzgaremos más acertadamente de las vicisitudes humanas. Trasportémonos con el pensamiento a la nevada cumbre del Líbano que domina esa Siria tan inquieta, tan bulliciosa en otro tiempo, tan triste hoy, tan solitaria. Veamos de allí a la naturaleza elevándose sobre las obras de los hombres.

Antiguamente las nieves del monte Líbano vertían raudales de fresquísimas y transparentes aguas para la copa del opulento Tirio, los cedros afamados que coronan la montaña suministraban a la *reina del mar*, como la llama Herrera, mástiles y gobernalles para sus naves; el boj, el aloe y el sándalo que más abajo la cercan, proporcionaban a Palmira madera para el ornamento de sus suntuosos artesonados, y las rosas que florecen a su pie, perfumes a Jerusalén para su templo.

Y hoy como siempre se corona el Líbano de cedros: el boj, el aloe y el sándalo reverdecen todavía, brotan las rosas en su asiento, y Tiro, Palmira y Jerusalén han desaparecido. En las tres ciudades como en Europa, como en todas partes, el mismo silencio, el mismo olvido, igual indiferencia: sueño completo de lo pasado que suele turbar de vez en cuando el trovador errante. En Palmira las ruinas son imponentes, grandiosas, sublimes; pero ruinas sin testigos, con toda la majestad de un sepulcral silencio: ni aun osa acercarse a ellas el árabe peregrino, ni a ponerse al abrigo del *Simoun*, ni a levantar los dátilos caídos de la palmera; porque en el templo del sol resuena el siniestro aullido del chacal, y la hiena desentierra los cadáveres, y la serpiente se enrosca alrededor de las pilastras derribadas.

En Tiro donde se alzaban cien palacios, y en cuyo puerto atronaban las voces de todas las naciones congregadas, como las olas del mar borrascoso, aún se conservan algunas miserables cabañas, y allá sobre la roca la ciudadela desmantelada del capitán Bajá. Prestemos atención: el quejido de las olas que baten el arrecife, se confunde con el lúgubre canto del mísero pescador, y con el aleteo del avestruz que se cierne sobre el escollo. [425]

Jerusalén, ¡ah!, las ruinas de Jerusalén son las que dejan en nuestro ánimo más tristes y profundas impresiones. Ya, ni una sola voz nos recuerda a la ciudad de David, de Jeremías y de Godofredo de Bouillon; sólo resuena el canto del árabe y la oración de Mahoma, y únicamente el Calvario nos habla de Jesucristo. A tan doloroso espectáculo no podemos menos de prorrumpir bañados en lágrimas: ¡Jerusalén, Jerusalén! ¿A dónde fue tu gloria y esplendor? ¿Qué viento de muerte ha soplado sobre tu frente? ¿Por qué tus hijos van errantes y medio desnudos, mendigando de puerta en puerta el pan del extranjero, y un rincón oscuro para reclinar su cabeza, mientras tú elevas en el desierto la frente sin corona?

¡Ay! Tú fulminaste una sentencia de muerte, y la muerte cayó sobre tu cabeza. ¡Ay! ¡Que tu vives para conservar indeleble el grande recuerdo, la honda huella del Crucificado!

¡Infeliz de ti! Las doncellas de Mahoma han venido a sacar el agua de las cisternas de las vírgenes de Judá. Donde lloraba Jeremías la cautividad de Babilonia, rotoza la gacela; tus fosos cegados están, tus murallas cien veces derruidas: mezquitas y minaretes han sucedido al templo de Salomón: ciudad del Profeta, ciudad del Señor, en tu seno retumba el áspero grito de los camellos, y la voz de los Muezzines que llaman a la oración profana...

Ya lo hemos visto: el mundo es un vasto sepulcro donde la muerte se burla de la vida: perece cuanto el hombre toca con sus manos, y se renueva como la yerba que marchita el viento invernal, y se reverdece con el aliento de la primavera; y torna a marchitarse y reverdecer hasta el fin del mundo.

¡Y qué! ¿Debemos lamentarnos sobre esta miseria del hombre? ¿Debemos sentir la ruina de nuestras obras?

Oíd: nosotros somos, hasta cierto punto, semejantes a las aves de paso. Ellas como los hombres edifican su nido en la tierra, y tienen que luchar igualmente contra los vientos y tempestades: al llegar el tiempo de la emigración, ambos tienden sus alas, las unas sobre las brisas del otoño, y los otros sobre las brisas de la muerte; pero luego [426] importa muy poco al hombre que su morada se tambalee al embate del huracán, ni que se cubra de musgo y de yedra, y se desmorone y destruya; porque si la golondrina torna a su nido a la siguiente primavera, el hombre permanece por siempre en el seno de la eternidad.